

Una mezcla confusa de vergüenza, de arrepentimiento y de asombro se apoderan de mi alma. Nueva sorpresa! Creo ver á la emperatriz y á su hija, entre Doroteo y Sebastian, arrodilladas en medio de la multitud. Nunca ha herido un espectáculo mas maravilloso la vista de un mortal; nunca fue Dios mas dignamente honrado, ni manifestó mas abiertamente su grandeza. ¡Oh poder de una religion que obliga á la esposa de un emperador romano, á abandonar furtivamente el tálamo imperial, como una mujer adúltera, para correr á la cita de los desgraciados, para ir á buscar á Jesucristo en el altar de un oscuro mártir, entre sepulcros y hombres proscriptos ó despreciados! Mientras me abandonaba á estas reflexiones, un diácono se acercó al oído del pontífice, pronunció algunas palabras é hizo una señal; de repente cesaron los cantos, apagáronse las lámparas y la brillante vision desapareció. Arrastrado por las oleadas del pueblo santo, me hallé á la entrada de las catacumbas.

«Esta aventura hizo tomar una nueva direccion á mi destino. Sin tener nada de que reconvenirme, me ví acusado por todas partes; así pues, nuestras faltas no son siempre castigadas inmediatamente; pero á fin de hacernos el castigo mas sensible, Dios hace que nos sea fatal el éxito de alguna empresa razonable, ó nos entrega á la injusticia de los hombres.

«Yo ignoraba que la emperatriz Prisca y su hija Valeria eran cristianas; los fieles me habian ocultado esta importante victoria, á causa de mi impiedad. Las dos princesas, temiendo el furor de Galerio, no se atrevian á presentarse en la iglesia; y acudian en la noche á orar en las catacumbas, acompañadas del virtuoso Doroteo. La casualidad me condujo al santuario de los muertos, y los sacerdotes que me descubrieron creyeron que un sacrilegio escluido de los lugares santos, no podia haber penetrado en ellos sino con el designio de penetrar un secreto que importaba á la Iglesia mantener oculto. Apagaron, pues, las lámparas para impedirme ver á la emperatriz, á quien no obstante, tuve tiempo de reconocer.

«Galerio hacia vigilar á la emperatriz, cuya inclinacion á la nueva religion conocia. Unos espías enviados por Hierocles habian seguido á las princesas hasta las catacumbas, de las que me vieron salir con ellas. No bien oyó el sofista la relacion de los espías, cuando corrió á participarla á Galerio, y este se apresuró á hacer lo mismo respecto de Diocleciano.

«—¡Ya lo ves! exclamó; nunca has querido dar asenso á lo que se presenta con tanta evidencia. La emperatriz y tu hija Valeria son cristianas! Esta misma noche se han dirigido á la caverna que la secta impía mancha con sus execrables misterios. ¿Y sabes quién es el guia de estas princesas? Es ese griego, vástago de una raza rebelde al pueblo romano; ese traidor que para disfrazar mejor sus proyectos, finge haber abandonado la religion de los sediciosos, á la cual sirve en secreto; ese pérfido que no cesa de envenenar el espíritu del príncipe Constantino. Reconoce una vasta conjuracion dirigida contra tí por los cristianos, y en la cual se procura hacer entrar á tu propia familia. Manda que Eudoro sea reducido á prision, y que la fuerza de los tormentos le arranque con la confesion de sus crímenes, el nombre de sus cómplices.»

«Preciso es confesar que todas las apariencias me condenaban. Aborrecido de todos los partidos, pasaba entre los cristianos por un apóstata y un traidor, y Hierocles que los veia en este error, decia en alta voz que yo habia delatado á la emperatriz. Los paganos, por otra parte, me miraban como el apóstol de mi religion y el corruptor de la familia imperial. Cuando atravesaba los salones del palacio, veia sonreír á los cortesanos con un aire de desprecio; los mas viles eran los mas severos, y el pueblo mismo me perseguia en las calles con insultos ó amenazas. Finalmen-

te, mi posicion llegó á ser tan crítica que sin la amistad de Constantino, creo que hubiera atentado contra mi vida. Pero este generoso príncipe no me abandonó en mi desgracia; lejos de esto, declaróse decididamente mi amigo, hizo alarde de presentarse á mi lado en público, me defendió con resolucion contra César delante de Augusto, y divulgó por todas partes que yo era victima de la envidia de un sofista, favorito de Galerio.

«Roma y la corte estaban esclusivamente ocupadas de este negocio que, comprometiéndolo á los cristianos y el nombre de la emperatriz, parecia de la mas alta importancia. Esperábase con ansiedad la determinacion del emperador; pero no era propio del carácter de Diocleciano el adoptar una resolucion violenta. El anciano emperador apeló á un medio que pinta con cabal exactitud su genio político. Declaró de repente que todos los rumores que habian circulado por Roma eran falsos; que las princesas no habian salido de palacio en la noche misma que se aseguraba haberlas visto en las catacumbas; que Prisca y Valeria, lejos de ser cristianas, acababan de sacrificar á los dioses del imperio; y en fin, que castigaria con toda severidad á los autores de aquellas falsas noticias, y que prohibia se hablase en lo sucesivo de una historia tan ridícula como escandalosa.

«Pero como era preciso que uno fuese sacrificado por todos, que tal es la costumbre de las cortes, recibí la orden de abandonar á Roma y de trasladarme al ejército de Constancio, acampado en las márgenes del Rin.

«Preparéme, pues, á pasar á las Galias, siéndome grato el abrazar la profesion de las armas, y abandonar una vida incompatible con mi carácter. No obstante, tan poderosa es la fuerza de la costumbre, y tal el encanto que ocultan los lugares célebres, que no pude dejar á Roma sin experimentar algun sentimiento. Salí de ella en medio de la noche, despues de haber recibido los últimos abrazos de Constantino. Atravesé las calles desiertas y pasé al pie de la casa abandonada que poco antes habia habitado con Agustin y Gerónimo. En el Foro todo aparecia silencioso y solitario, y los numerosos monumentos que cubren, los Rostros, el templo de la Paz, los de Júpiter Estator y la Fortuna, los arcos de Tito y de Severo se destacaban vagamente entre las sombras, como las ruinas de una ciudad poderosa, cuyos moradores han desaparecido desde mucho tiempo. Cuando me hallé á alguna distancia de Roma, volví la cabeza: entonces ví á la pálida claridad de las estrellas al Tiber que se perdía entre los monumentos confusos de la ciudad, y vislumbré la cúpula del Capitolio, que parecia inclinarse bajo el peso de los despojos del mundo.

«La via Casia, que me conducia á la Etruria, pierde en breve los escasos monumentos de que está adornada, y pasando entre un antiguo bosque y el lago Volsinio, penetra en negras montañas, cubiertas de nubes é infestadas siempre de forajidos. Un monte, cuya cima está erizada de agudos peñascos; un torrente que se replega veinte veces sobre sí mismo, y destruye su propio cauce en su carrera, forman por esta parte la frontera de la Etruria. A la dilatada estension de la campiña romana suceden valles estrechos y montecillos tapizados de brezos, cuyo pálido verdor se confunde con el de los olivos. Abandoné los Apeninos, para bajar á la Galia Cisalpina. El cielo presentaba un azul mas puro, y en vano busqué en las montañas esa especie de lluvia de luz que envuelve los montes de la Grecia y de la Alta Italia. Divisé en lontananza las blancas cimas de los Alpes, y en breve subí sus estensas faldas. Todo lo que procede de la naturaleza en estas montañas, me pareció grande é indestructible; todo lo que lleva el sello de la mano del hombre, se presentó á mi vista frágil

y mezquino: por una parte, árboles seculares, cascadas que se precipitan ha muchos siglos; peñascos vencedores del tiempo y de Anibal; por otra, puentes de madera, apriscos de ovejas y chozas de tierra. ¿Consistirá esto en que á la vista de las masas eternas que le rodean, el cabrero de los Alpes, conmovido vivamente á la idea de la brevedad de su vida, no se ha tomado el trabajo de erigir monumentos mas duraderos que él?

«Salí de los Alpes á través de una especie de pórtico practicado debajo de un gigantesco peñasco. Atravesé la parte del territorio, habitada por los Voconcios, (1) y bajé á la colonia de Lucio. (2) ¡Con cuánto respeto veria hoy la Silla de Potin y de Ireneo, y las aguas del Ródano, teñidas con la sangre de los mártires! Subí el Araar, (3) rio ceñido de encantadoras orillas, y cuya corriente es tan lenta, que no puede decirse en qué direccion se deslizan sus aguas. Debe su nombre á un joven gaio que se precipitó en ellas, impelido por la desesperacion que le causó la pérdida de su hermano. Desde allí pasé á los Treveri, (4) cuya ciudad es la mas populosa y bella de las tres Galias; y abandonándome al curso del Mosela y del Rin, llegué en breve á Agripina (5).

«Constancio me recibió con bondad.

«—Eudoro, me dijo, mañana se ponen en marcha las legiones; vamos á buscar los francos. Servirás al principio como un simple arquero entre los cretenses, que acampan en la vanguardia, situada á la orilla opuesta del Rin. Ve á incorporarte con ellos; distingue por tu probidad y valor, y si te muestras digno de la amistad de mi hijo, no tardaré en ascenderle á las primeras dignidades del ejército.

«Aquí, señores, debe tomarse en cuenta la segunda de esas peripecias repentinas que han cambiado sin cesar el aspecto de mi vida. Desde los tranquilos valles de la Arcadia, habia sido trasladado á la corte borrascosa de un emperador romano; y en aquellos momentos, desde el seno de la molicie y de la sociedad civilizada, pasaba á una vida dura y peligrosa en medio de un pueblo bárbaro.»

LIBRO SESTO.

SUMARIO. Prosigue la narracion. Marcha del ejército romano en Batavia. Encuentra al ejército de los francos. Campo de batalla. Orden y enumeracion del ejército romano. Orden y enumeracion del ejército de los francos. Faramundo. Clodio. Meroveo. Cantos guerreros. Barditos de los francos. La accion se empeña. Ataque de los galos contra los francos. Combate de caballeria. Combate singular de Vercingetorix, caudillo de los galos y de Meroveo, hijo del rey de los francos. Vercingetorix queda vencido. Los romanos cejan. La legion cristiana baja de una colina, y restablece el combate. Choque. Los francos se retiran á su campo. Eudoro obtiene la corona civica, y es nombrado jefe de los griegos, por Constancio. El combate se renueva al amanecer. Ataque del campo de los francos por los romanos. Desbordamiento de las olas. Los romanos huyen del mar. Eudoro, despues de haber peleado mucho tiempo, cae atravesado de repetidos golpes. Es socorrido por un esclavo de los francos, que le lleva á una caverna.

«La Francia es una comarca salvaje y cubierta de bosques, que empieza al otro lado del Rin, y ocupa el espacio comprendido entre la Batavia al Occidente, el país de los escandinavos al Norte, la Germania al Oriente y los galos al Mediodia. Los pueblos que habitan este desierto son los mas feroces de los bárba-

(1) El Delfinado.

(2) Lyon.

(3) El Saona.

(4) El país de Treveris.

(5) Colonia.

ros; no se alimentan sino de la carne de las bestias montaraces; tienen siempre la espada en la mano, y miran la paz como la mas dura esclavitud, cuyo yugo pueda serles impuesto. Los vientos, la nieve, las escarchas son sus delicias; arrojan la mar, búrñanse de las tempestades, y podria decirse que han visto el fondo del Océano á descubierto; tanto conocen y desprecian sus escollos. Esta nacion turbulenta, que no cesa de devastar las fronteras del imperio, se mostró por primera vez á las Galias españolas, bajo el nombre de Gordiano el Piadoso. Los dos Decios perecieron en una expedicion contra ella: Probo, que no hizo otra cosa que rechazarla, se condecoró con el glorioso título de Francico. Presentóse á la vez tan noble y tan temible, que se ha hecho en su favor una escepcion en la ley que prohíbe á la familia imperial el enlazarse á la sangre de los bárbaros; por último, los terribles francos acababan de apoderarse de la isla de Batavia, y Constancio habia reunido su ejército para arrojarles de su conquista.

«Despues de algunos dias de marcha, entramos en el suelo pantanoso de los bátavos, que no es sino una delgada corteza de tierra flotando sobre una vasta estension de agua. El país cortado por los brazos del Rin, bañado y con frecuencia inundado por el Océano, y obstruido por bosques de pinos y de abedules, nos presentaba á cada paso obstáculos insuperables.

«Agotadas mis fuerzas por los trabajos del dia, no tenia durante la noche sino algunas horas para dar descanso á mis fatigados miembros. Muchas veces me ocurria, durante este breve reposo, olvidar mi nueva fortuna; y cuando á los primeros destellos del alba, las trompetas del campamento hacian resonar el toque de diana, me causaba sorpresa el abrir los ojos en medio de los bosques; habia, no obstante, un encanto secreto en este despertar del guerrero, libre de los peligros de la noche. Nunca he oido sin experimentar cierta alegría bélica, la sonata del clarín repetida por el eco de los peñascos, y los primeros relinchos con que los caballos saludan la aurora. Erame grato ver el campamento, sepultado en el sueño, las tiendas de campaña todavia cerradas, de las que salian algunos soldados medio vestidos; el centurion que se paseaba lentamente delante de los haces de armas, balanceando su baston de cepa; a inmóvil centinela, que para resistir al sueño tenia un dedo levantado en actitud de silencio; al ginetete que atravesaba el rio matizado con los fulgores de la mañana; al victimario que sacaba el agua del sacrificio; y muchas veces á un pastor, que apoyado en su cayado, miraba beber á su rebaño.

«Esta vida guerrera no me hizo volver los ojos con sentimiento hácia las delicias de Nápoles y de Roma; pero despertó en mí otra especie de recuerdos. Muchas veces, durante las largas noches del otoño, me he visto solo, de centinela como un simple soldado, en las avanzadas del ejército. Mientras contemplaba los fuegos regulares de las líneas romanas y los fuegos diseminados de las hordas de los francos; mientras que con el arco medio tendido, prestaba atento oído al sordo murmullo del ejército enemigo, al estruendo monótono del mar y á los agudos gritos de las aves silvestres que revolaban en la oscuridad, reflexionaba sobre mi caprichoso destino. Recapitaba que me hallaba allí, combatiendo en favor de unos bárbaros tiranos de la Grecia, contra otros bárbaros de quienes ninguna ofensa habia recibido. El amor inestinguible de la patria se reanimaba en el fondo de mi corazon, y la Arcadia se ostentaba á mis ojos con todos sus encantos; ¡cuántas veces, durante las penosas marchas, azotado por las lluvias en el cenagoso terreno de la Batavia; cuántas veces, al abrigo de las chozas de los pastores, donde pasá-

bamos la noche; cuántas veces, en derredor de la hoguera que encendíamos, para nuestras veladas á la cabeza del campamento; cuántas veces, repito, he hablado con íntima emoción de nuestro querido país con otros jóvenes griegos desterrados como yo! Referíamos los juegos de nuestra niñez, las aventuras de nuestra mocedad y las historias de nuestras familias. Un ateniense ensalzaba las artes y la cultura de Atenas; un espartano pedía la preferencia para Lacedemonia; un macedonio encarecía la falange sobre la legion, y no podía llevar en paciencia que se comparase á César con Alejandro. «Mi patria es la cuna de Homero,» decía un soldado de Esmirna; y al instante cantaba, ó la enumeración de las naves ó el combate de Ajax y Héctor; así los atenienses, prisioneros en Siracusa, repetían en otro tiempo los versos de Eurípides, para consolarse de su cautiverio.

«Empero cuando, dirigiendo nuestra vista en derredor, descubríamos los horizontes negros y llanos de la Germania; aquel cielo sin luz que parecía aplastarnos bajo su bóveda aplanada; aquel sol impotente que no pinta los objetos de color alguno; cuando recordábamos los brillantes paisajes de la Grecia; el magnífico y rico bordado de sus horizontes; el perfume delicioso de nuestros naranjos, la hermosura de nuestras flores, el aterciopelado azul de un cielo donde resplandece una luz dorada: entonces nos asaltaba tan violento deseo de tornar á ver nuestra tierra natal, que nos veíamos tentados á abandonar las águilas. No había sino un griego entre nosotros que vituperase estos sentimientos, y nos exhortase á cumplir nuestros deberes y á someternos á nuestro destino; le teníamos por un cobarde; pero poco tiempo despues combatió y murió como un héroe, y supimos que era cristiano.

«Los francos, que habían sido sorprendidos por Constancio, evitaron primero el combate; pero cuando hubieron reunido sus guerreros, nos salieron osadamente al encuentro, y nos presentaron la batalla en la orilla del mar. Aquella noche se empleó en preparativos por una y otra parte; y al día siguiente al amanecer, los ejércitos se hallaron frente á frente.

«La legion de Hierro y la Fulminante ocupaban el centro del ejército de Constancio.

«Delante de la primera línea, dejábanse ver los porta-estandartes ó vexilarios, que se distinguían por una piel de leon que les cubría cabeza y hombros. Mantenían en alto las enseñas militares de las cohortes, el águila, el dragon, el lobo y el minotauro; estas enseñas estaban perfumadas y adornadas de ramas de pino, á falta de flores.

«Los Hastados, cargados de lanzas y escudos, formaban la primera línea á espaldas de los porta-estandartes.

«Los Príncipes, armados de la espada, ocupaban la segunda fila, y los Triarios la tercera. Estos empuñaban la javalina con la mano izquierda; sus escudos pendían de sus picas plantadas delante de ellos, y apoyaban la rodilla derecha en tierra, esperando la señal del combate.

«Los espacios vacíos de la línea de las legiones, estaban llenos de máquinas de guerra.

«En el ala izquierda de las legiones, la caballería de los aliados desplegaba su móvil cortina. Dominando corceles de atigrada piel, y veloces cual las águilas, contoneábanse con airoso ademan los ginetes de Numancia, Sagunto y las encantadoras márgenes del Betis. Un ligero sombrero de pluma sombreaba su altiva frente; un breve manto de lana negra ondeaba sobre sus hombros y una corva espada cruzaba á su izquierda. Inclínada su cabeza sobre el cuello de sus caballos, las riendas asidas con los dientes, y con dos cortos venablos en la mano, volaban al enemigo. El joven Viriato arrastraba en pos el furor de aquellos veloces ginetes. Los germanos, hom-

bres de gigantesca estatura, estaban esparcidos aquí y acullá, á manera de torres en aquel brillante escuadrón. Estos bárbaros tenían la cabeza cubierta con un gorro; manejaban con una mano una maza de encina, y cabalgaban en pelo sobre indómitos garañones. A su espalda, algunos ginetes nómadas, sin mas armas que un arco, ni mas vestido que una clámide, temblaban de frío bajo un cielo riguroso.

«En el ala opuesta del ejército, manteníase inmóvil la soberbia tropa de los caballeros romanos; sobre su argénteo casco descollaba una loba encarnada; su coraza brillaba con el oro, y un ancho tahali de color azul suspendía á su costado una ponderosa espada ibérica. Bajo de sus sillas adornadas de marfil, se extendía una mantilla de púrpuro color; y sus manos, cubiertas de manoplas, sostenían las riendas de seda que les servían para guiar sus corpulentas yeguas, mas negras que la noche.

«Los arqueros cretenses, los vélites romanos y los diferentes cuerpos de los galos, estaban deseminados sobre el frente del ejército. El instinto guerrero es tan natural en estos últimos, que muchas veces, durante la refriega, los soldados se convierten en generales; reúnen sus dispersos camaradas, emiten un parecer provechoso, y señalan el puesto que es preciso tomar. Nada iguala á la impetuosidad de sus ataques: en tanto que el germano delibera, salvan torrentes y montes; juzgáseles al pié de la ciudadela, y aparecen inopinadamente en lo alto de la conquistada trinchera. En vano los mas ágiles ginetes intentarían anticipárseles en la carga; los galos se burlan de sus esfuerzos, revoletéan á la cabeza de los caballos, y parecen decirles: «Mas fácil os sería asir los vientos en la llanura, ó las aves en los aires.»

«Todos aquellos bárbaros tenían la cabeza erguida, vivo el color, azules los ojos, fosca y amenazadora la mirada; llevaban anchos calzones, y su túnica estaba ridículamente adornada de pedazos de púrpura, y un áspero cinturón de cuero ceñía á su costado su fiel espada. La espada del galo jamás le abandona; casada, por decirlo así, con su dueño, le acompaña durante su vida, le sigue á la pira fúnebre, y baja con él al sepulcro. Tal era antiguamente la suerte de las esposas de los galos; tal es también la que tienen en la actualidad las que pueblan las orillas del Indo.

«Finalmente, detenida á manera de amenazadora nube sobre la falda de una colina, una legion cristiana, denominada la Púdica, que formaba á retaguardia del ejército el cuerpo de reserva y la guardia de César, reemplazaba al lado de Constantino la legion tebana, degollada por Maximiano. Victor, (1) ilustre guerrero de Marsella, conducía al combate las milicias de la religion que viste con igual nobleza la casaca del veterano y el cilicio del anacoreta.

«No obstante, un movimiento universal atraía las miradas: veíanse las señales del porta-estandarte que clavaba en el suelo altas estacas para alinear las filas; la impetuosa carrera del jinete, y las ondulaciones de los soldados que se nivelaban bajo el bastón de cepa del centurión. Resonaban por do quiera los agudos relinchos de los corceles, el crujir de las cadenas, el sordo rodar de las balistas y catapultas, los acompasados pasos de la infantería, la ronca voz de los jefes que repetían la orden, y el rumor de las picas que se alzaban y bajaban al mandato de los tribunos. Los romanos se formaban en batalla al marcial sonido de la trompeta, la bocina y el clarín; y nosotros, los cretenses, fieles á la Grecia en medio de aquellos pueblos bárbaros, ocupábamos nuestros puestos al son de la lira.

«Empero todo el ostentoso aparato del ejército romano servía únicamente para hacer mas formidable el

(1) El mártir.

ejército enemigo, por el contraste de una sencillez salvaje.

«Adornados con pieles de osos, bueyes marinos, urocos (1) y javalies, los francos se mostraban á lo lejos como un rebaño de fieras. Una túnica corta y ceñida dejaba ver toda su estatura, y no alcanzaba á cubrir las rodillas. Los ojos de estos bárbaros tienen el color de un mar borrascoso; su rubia cabellera, tendida hácia delante sobre su pecho y teñida de un líquido rojo, parece sangre y fuego. La mayor parte no deja crecer su barba sino hasta en cima de la boca, con el fin de dar á sus labios mayor semejanza con el hocico de los dogos y los lobos. Unos cargan su mano derecha con una larga framea, (2) y su izquierda con un escudo que hacen girar á manera de una rápida rueda; otros, en lugar de este escudo, empuñan una especie de venablo, llamado *angon*, en el que se clavan dos hierros corvos; pero todos llevan pendiente de la cintura la formidable francisca, especie de hacha de dos filos, cuyo mango está forrado de un duro acero; arma funesta que el franco arroja exhalando un grito de muerte, y que muy pocas veces deja de herir el objeto que se ha propuesto su ojo certero.

«Estos bárbaros, fieles á las costumbres de los antiguos germanos, se habían formado en ángulo, que era su acostumbrado órden de batalla. El formidable triángulo, en que no se distinguía sino un bosque de frameas, de pieles de fieras y de cuerpos medio desnudos, avanzaba con impetuosidad, pero con un movimiento igual, para romper la línea romana. En el vértice de este triángulo estaban colocados los valientes que conservaban una barba larga y erizada, y llevaban en el brazo un anillo de hierro; habían jurado no abandonar estas señales de esclavitud, hasta despues de haber sacrificado un romano. Cada jefe de aquel numeroso cuerpo estaba rodeado de los guerreros de su familia, para que, mas firme en el choque, alcanzase la victoria ó muriese con sus amigos. Cada tribu se agrupaba bajo un símbolo; la mas noble se distinguía por medio de unas abejas ó tres hierros de lanza. El anciano rey de los sicambros, Faramundo, conducía el ejército entero, y dejaba una parte del mando á su nieto Meroveo. Los ginetes francos, al frente de la caballería romana, cubrían los dos flancos de su infantería; al ver sus cascos en forma de bocas abiertas, sombreados por dos alas de buitre; sus coseletes de hierro y sus broqueles blancos, hubiéraseles tomado por fantasmas, ó por esas figuras caprichosas que se descubren en medio de las nubes durante una tempestad. Clodio, hijo de Faramundo y padre de Meroveo, brillaba á la cabeza de estos amenazadores ginetes.

«En un arenal, á la espalda de este enjambre de enemigos, descubriáse su campamento, parecido á un mercado de labradores y pescadores; estaba lleno de mujeres y niños, y atrincherado con barcas de cuero y carros uncidos á enormes bueyes. No lejos de este campamento campestre, tres hechiceras cubiertas de harapos, hacían salir á algunos jumentillos de un bosque sagrado, para adivinar por su carrera á qué partido prometía la victoria Tuiston. La mar á un lado y al otro los bosques, formaban el magnífico marco de aquel inmenso cuadro.

«El sol de la mañana, saliendo de los pliegues de una nube de oro, derramó repentinamente su luz sobre los bosques, el Océano y los ejércitos. La tierra parecía abrasada por el fuego de los cascos y lanzas; y los instrumentos guerreros poblaban los aires con el antiguo canto de Julio César, al marchar á las Galias. El furor se apodera de todos los corazones, los ojos brotan sangre, y convulsa la mano se estre-

(1) Especie de buey, casi estinguida.

(2) Especie de dardo.

mece sobre la espada. Los caballos se encabritan, hieden la arena, sacuden la suelta crin, y golpean con la espumante boca el inflamado pecho, ó levantan al cielo su abrasada nariz, ansiosos de respirar los bélicos acentos. Los romanos entonaron el canto de Probo:

«Cuando hayamos vencido á mil guerreros francos, ¿á cuántos millones de persas no venceremos!»

Los griegos repiten en coro el *Pæan*, y los galos el himno de los druidas. Los francos responden á estos cantos de muerte, apretando sus broqueles contra su boca, y despidiendo un mugido semejante al ruido del mar que el huracan estrella sobre una roca; despues, exhalando súbitamente un agudo grito, entonan el Bardito en elogio de sus héroes:

«¡Faramundo! ¡Faramundo! hemos combatido con la espada. Hemos arrojado la francisca de doble filo; el sudor caía de la frente de los guerreros y corría en arroyos á lo largo de sus brazos. Las águilas y las aves de piés amarillos prorumpían en gritos de alegría; el cuervo nadaba en la sangre de los muertos; todo el Océano era una herida; ¡las vírgenes han llorado mucho tiempo!

«¡Faramundo! ¡Faramundo! hemos combatido con la espada. Nuestros padres han muerto en las batallas; todos los buitres han gemido por ello, porque nuestros padres los saciaban en la matanza! Elijamos esposas cuya leche sea sangre, y que llenen de valor el corazón de nuestros hijos. ¡Faramundo! ¡el Bardito ha terminado; las horas de la vida se deslizan, y sonreiremos cuando sea preciso morir!»

«Así cantaban cuarenta mil bárbaros. Sus ginetes levantaban y bajaban sus escudos blancos acompasadamente; y á cada estribillo golpeaban con el hierro de un venablo su pecho cubierto de hierro.

«Ya los francos están al alcance de la flecha de nuestras tropas ligeras. Ambos ejércitos se detienen, y reina un profundo silencio. César, desde el centro de la legion cristiana, manda levantar la cota de armas de púrpura, señal del combate; los arqueros estienden sus arcos, los infantes bajan sus picas; todos los ginetes desenvainan simultáneamente sus espadas, cuyos reflejos se cruzan en los aires. Levántase un grito del fondo de las legiones: «¡Victoria al emperador!» Los bárbaros rechazan este grito con un espantoso mugido; el rayo estalla con menos furor sobre las cimas del Apennino; no muge el Etna con tanta violencia cuando derrama en el seno de los mares anchos torrentes de fuego; el Océano azota sus playas con menos estruendo cuando un torbellino enviado por órden del Eterno, ha desencadenado las cataratas del abismo.

«Los galos son los primeros que lanzan sus venablos, empuñan la espada y corren al enemigo, que los recibe con intrepidez. Tres veces vuelven á la carga, y tres van á romperse contra el dilatado cuerpo que los rechaza; no de otro modo un gran bajel, bogando á merced de un viento contrario, rechaza de sus dos costados las olas que huyen y murmuran á lo largo de ellos. No menos valientes y mas hábiles que los galos, los griegos hacemos llover sobre los sicambros una granizada de flechas, y retrocediendo poco á poco fatigamos las dos líneas del enemigo triángulo. Como un toro, que vencedor en cien dehesas, ostenta orgulloso sus mutiladas astas y las cicatrices de su ancho pecho, sufre impaciente la picadura del tábano bajo los ardores del Mediodía: así los francos, heridos por nuestros dardos, se enfurecen al recibir aquellas heridas sin venganza y sin gloria. Poseídos de ciego furor rompen el dardo en su seno, revuélcanse por el suelo y luchan con las agonías de la muerte.

«La caballería romana se mueve para desconcertar á los bárbaros, y Clodio se precipita á su encuentro. El rey cabelludo oprimía una yegua estéril, medio

blanca y medio negra, criada en los rebaños de renegidos y corzos, en las yeguas de Faramundo. Los bárbaros sostenían que era de la raza de Rinfax, caballo de la Noche, de crin helada, y de Skinfax, caballo del Día, de crin luminosa. Cuando durante el invierno llevaba á su señor sobre su carro de corteza de árbol sin eje y sin ruedas, nunca sus pies se hundían en la escarcha; y más rápida que la hoja de abedul arrastrada por el viento, apenas desfloraba la superficie de las nieves recién caídas.

«Un combate violento se empeña entre los ginetes en las dos alas de los ejércitos.

«Imponente la masa espantosa de la infantería de los bárbaros rueda sin cesar hacia las legiones. Estase abren, cambian su frente de batalla y atacan con tremebundos golpes de pica los dos lados del triángulo enemigo. Los velites, los griegos y los galos se dirigen al tercer lado, y los francos se ven sitiados como una anchurosa fortaleza. La lucha se encarniza, y un torbellino de polvo rojizo se levanta y detiene sobre los combatientes. La sangre corre como los torrentes engrosados por las lluvias del invierno, ó como las olas del Euripo en el estrecho de la Eubea. El franco, orgulloso con sus anchas heridas, que resaltaban sobre la blancura de un cuerpo medio desnudo, parecía un espectro desprendido del mausoleo y que ruge en medio de los muertos. Al brillante resplandor de las armas ha sucedido el sombrío color del polvo y la carnicería. Los cascos están rotos, derribados los penachos, partidos los escudos y taladradas las corazas. El abrasado aliento de cien mil combatientes, la densa respiración de los caballos, los vapores del sudor y la sangre forman sobre el campo de batalla una especie de meteorito, atravesado de tiempo en tiempo por el siniestro fulgor de alguna espada, como la deslumbradora huella del relámpago en la livida claridad de una tormenta. En medio de los gritos, de los insultos, de las amenazas del estrépito confuso de las espadas, de los golpes de las armas arrojadas, del silbido de las flechas y los dardos, y del bronco gemido de las máquinas de guerra, ya no se percibe la voz de los jefes.

«Meroveo había hecho en los romanos una espantosa carnicería. Veíasele en pie sobre un inmenso carro, con doce compañeros de armas, llamados sus doce Pares, á quienes escedía en toda la cabeza. Sobre este carro flotaba una insignia guerrera denominada la Oriflama. El carro, cargado de horribles despojos, era arrastrado por tres bueyes, cuyas piernas chorreaban sangre, y de cuyas astas pendían pavorosos restos humanos. El heredero de la espada de Faramundo tenía la edad, la hermosura y el furor de ese demonio de la Tracia que no enciende el fuego de sus altares sino en las llamas de las ciudades incendiadas. Meroveo era considerado entre los francos como el fruto maravilloso del comercio clandestino de la esposa de Clodio y de un monstruo marino; los rubios cabellos del joven sicambro, adornados con una corona de lirios, parecíanse al sedoso y dorado lino atado con una cinta virginal á la rueda de una reina de los bárbaros. Hubiérase dicho que sus mejillas estaban pintadas con el bermellón de las bayas de los escaramujos que brillan en medio de las nieves en los bosques de la Germania. Su madre había atado en torno de su cuello un collar de mariscos, á la manera que los galos cuelgan reliquias en las ramas del renuevo más hermoso de un bosque sagrado. Cuando Meroveo, agitando con su diestra un estandarte blanco, llamaba al campo del honor á los fieros sicambros, estos no podían dejar de prorumpir en gritos de guerra y de amor, y no se cansaban de admirar á su cabeza á tres generaciones de héroes: el abuelo, el padre y el hijo.

«Meroveo, cansado de la matanza, contemplaba inmóvil desde lo alto de su carro de victoria los cadá-

veres de que había cubierto la llanura. Así descansa un león de Numidia, después de haber destrozado un rebaño de ovejas; su hambre está satisfecha; su pecho exhala el hedor de la carnicería; abre y cierra alternativamente sus fatigadas fauces, aun obstruidas por los copos de lana; al fin se tiende en medio de los degollados corderos, y sus melenas humedecidas por un rocío de sangre, caen á entrambos lados de su cuello; cruza sus poderosas garras, alarga la cabeza sobre ellas, y con los ojos medio cerrados lame todavía los blandos vellones esparcidos en su derredor.

«El jefe de los galos vió á Meroveo en aquel insultante y soberbio reposo. Enciéndese su furor, y avanzando contra el hijo de Faramundo, le gritó con tono irónico:

«— Jefe de larga cabellera, voy á sentarte de otro modo sobre el trono de Hércules el Galo. ¡Valiente joven! mereces llevar la señal del hierro al palacio de Teutatés. No quiero dejarte desfallecer en una vergonzosa vejez.

«— ¿Quién eres? respondió Meroveo con amarga sonrisa: ¿desciendes de una raza noble y antigua? Esclavo romano, ¿no temes mi framea?

«— No temo sino una cosa, repuso el galo, temblando de ira: esto es, que el cielo se desplome sobre mi cabeza.»

«— ¡Cédeme la tierra! replicó el orgulloso sicambro.

«— La tierra que te cederé, contestó el galo, la guardarás eternamente.»

«A estas palabras, Meroveo, apoyándose en su framea, salta del carro por encima de los bueyes, cae delante de ellos, y se presenta al galo que se dirigía á él.

«Todo el ejército se detiene á contemplar el combate de sus respectivos caudillos. El galo se precipita espada en mano sobre el joven franco, le oprime, le asesta el golpe, le hiere en el hombro, y le obliga á retroceder hasta las astas de los bueyes. Meroveo á su vez arroja el *angon*, cuyos dos garfios se introducen en el escudo del galo. Al mismo instante, el hijo de Clodio salta como un leopardo, pone el pie sobre el venablo, le abruma con su peso, le hace bajar hacia el suelo, é inclina con él el escudo de su contrario. Obligado de este modo á descubrirse, el infortunado galo deja espuesta la cabeza. El hacha de Meroveo parte, silva, vuela y se hunde en la frente del galo, como la segur del leñador en la copa de un pino. La cabeza del guerrero se divide, su cerebro cae á entrambos lados, y sus ojos ruedan por el suelo. Su cuerpo se mantiene todavía durante un momento en pie, estendiendo sus manos convulsivas, objeto de terror y conmiseración.

«A este espectáculo, los galos prorumpen en un grito de dolor, pues su jefe era el último descendiente de aquel Vercingetorix, que mantuvo suspensa por tanto tiempo la fortuna de Julio. Parece que por esta muerte, el imperio de los galos, dejando de pertenecer á los romanos, pasaba á los francos; estos, llenos de alegría, rodean á Meroveo, le levantan sobre un escudo y le proclaman rey con sus padres, como el más animoso de los sicambros. El espanto empieza á apoderarse de las legiones. Constancio, que desde el centro del cuerpo de reserva seguía con la vista los movimientos de las tropas, advierte el desaliento de las cohortes; por lo cual, volviéndose hacia la legion cristiana, le grita: «¡Valientes soldados! la fortuna de Roma está en vuestras manos. Marchemos al enemigo!»

«Al punto, los fieles inclinan ante el César sus águilas coronadas con el estandarte de la salvación. Victor manda: la legion se conmueve y baja en silencio de la colina. Cada soldado llevaba en su broquel una cruz rodeada de estas palabras: «*In hoc*

signo vinces.» Todos los centuriones eran mártires cubiertos de cicatrices ocasionadas por el hierro y el fuego. ¿Qué podía contra tales hombres el temor de las heridas y de la muerte? ¡Oh tierna fidelidad! Aquellos guerreros iban á derramar por sus príncipes los restos de una sangre cuya fuente habían casi agotado estos mismos príncipes.

«Ningun temor, pero tampoco ninguna alegría se dejaba ver en el semblante de aquellos héroes cristianos; su tranquilo valor era igual á un lirio sin mancha. Cuando la legion avanzó en la llanura, los francos se vieron detenidos en medio de su victoria; y contaron después que divisaron al frente de esta legion una columna de fuego y de nubes y un caballero vestido de blanco, armado de una lanza y de una rodela de oro. Los romanos fugitivos vuelven la vista, y la esperanza renace en el corazón del más débil y del menos animoso; así, después de una tempestad durante la noche, cuando el sol de la mañana se muestra en el Oriente, el labrador ya tranquilo admira el astro que esparce un dulce resplandor sobre la naturaleza; el tierno pajarillo prorrumpe en gritos de alegría bajo las yedras de la antigua cabaña; el anciano va á sentarse al dintel de la puerta; y al oír sobre su cabeza aquellos encantadores acentos, hendece al Eterno.

«Al acercarse los soldados de Cristo, los bárbaros estrechan sus filas, y los romanos se replegan. Ya en el campo de batalla, la legion se detiene, dobla en tierra una rodilla, y recibe de mano de un ministro de paz la bendición del Dios de los ejércitos. El mismo Constancio se desciñe la corona del laurel y se inclina. La tropa santa se pone en pie, y sin arrojar sus venablos marcha al enemigo con la espada en alto. El combate se renueva en todas direcciones. La legion cristiana abre una estensa brecha en las filas de los bárbaros; romanos, griegos y galos, entramos unidos en pos de Victor en el recinto de los desconcertados francos. A los ataques de un ejército disciplinado suceden otros combates á la manera de los héroes de Ilión. Mil grupos de guerreros se empujan, se chocan, se oprimen, se rechazan; reinan por donde quiera el dolor, la desesperación, la fuga. ¡Hijos de los francos, en vano preparais el bálsamo para heridas que no podeis curar! Uno es herido en el corazón por el hierro de una javelina, y siente huir de este corazón las imágenes queridas y sagradas de la patria; el otro tiene los dos brazos rotos al golpe de una maza, y no estrechará más sobre su seno el hijo á quien su esposa aplica todavía el pecho. Este echa de menos su palacio, aquel su choza: el primero sus placeres, el segundo sus dolores; porque el hombre se identifica con la vida por sus miserias tanto como por sus prosperidades. Aquí, rodeado de sus compañeros, un soldado pagano espira vomitando imprecaciones contra los dioses y contra César; allá un soldado cristiano muere aislado, deteniendo con una mano sus entrañas, estrechando con la otra un crucifijo, y pidiendo á Dios por su emperador. Los sicambros, heridos todos por delante y tendidos de espalda, conservaban aun en la muerte un semblante tan feroz, que el más intrépido apenas se atrevía á mirarlos.

«¡No os olvidaré, generosa pareja, jóvenes francos que encontré en aquel campo de esterminio! Aquellos fieles amigos, más tiernos que prudentes, á fin de tener en el combate un mismo destino, se habían atado mutuamente con una cadena de hierro; el uno había caído muerto bajo la flecha de un cretense, y mortalmente herido el otro, pero todavía vivo, se mantenía medio levantado cerca de su hermano de armas, y le decía: «¡Guerrero! duermes después de las fatigas de la batalla. Ya no abrirás los ojos á mi voz, pero la cadena de nuestra amistad no rota, aun me retiene á tu lado.»

«Al terminar estas palabras, el joven franco se in-

clina y muere sobre el yerto cadáver de su amigo. Sus hermosas cabelleras se mezclan y confunden como las ondulantes llamas de una doble trípode que se estingue sobre el altar; como los rayos húmedos y trémulos de la estrella Géminis que se oculta en los mares. La muerte añade sus indestructibles cadenas á los lazos que unían á los dos amigos.

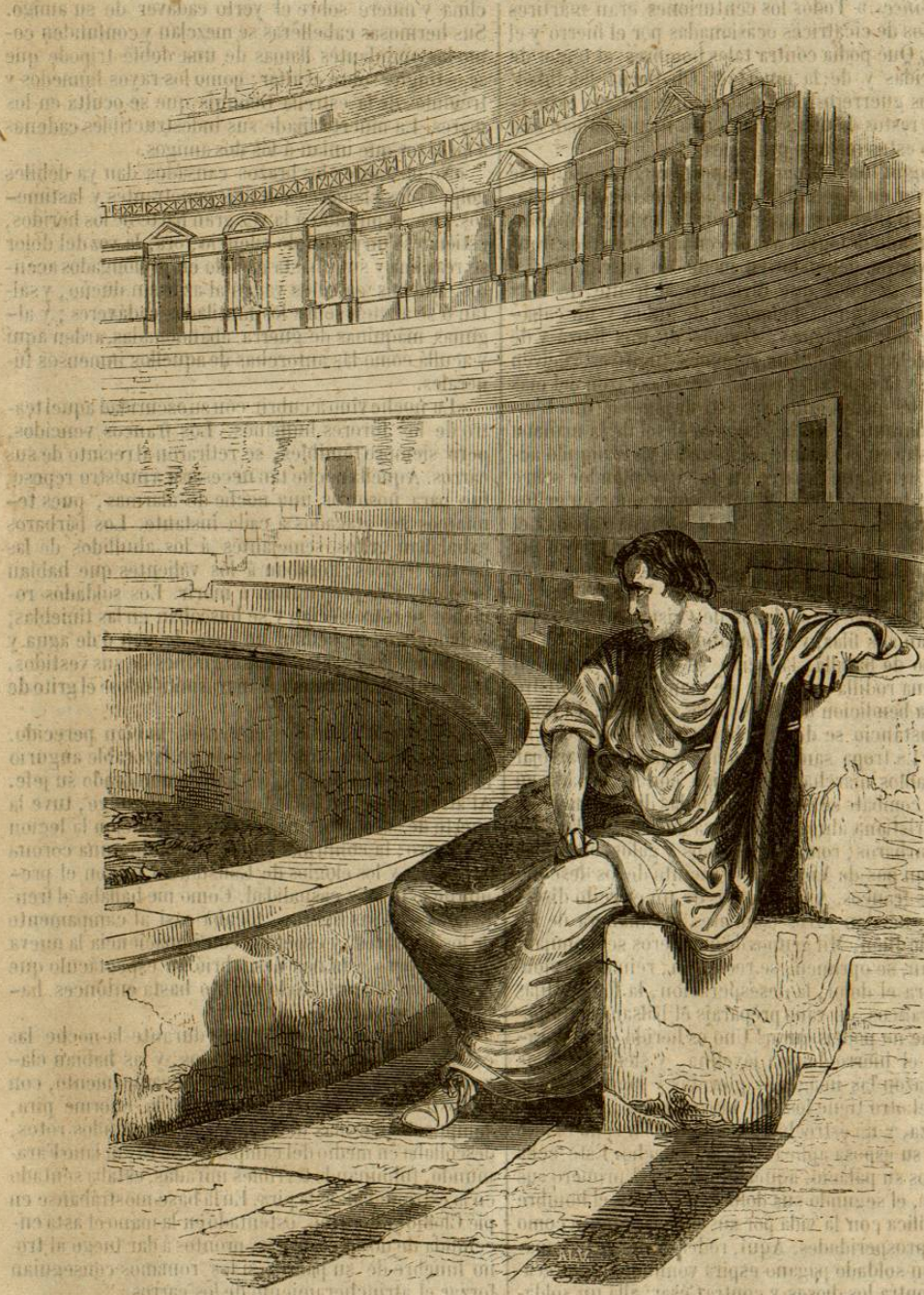
«No obstante, los brazos cansados dan ya débiles golpes; los clamores son más penetrantes y lastimeros. Ora, espirando á la vez gran parte de los heridos, estiéndese un profundo silencio; ora, la voz del dolor se reanima y sube hasta el cielo en prolongados acentos. Muchos caballos vagan al azar sin dueño, y saltan ó se abaten sobre los mutilados cadáveres; y algunas máquinas de guerra abandonadas arden aquí y acullá como las antorchas de aquellos inmensos funerales.

«La noche vino á cubrir con su oscuridad aquel teatro de los furiosos humanos. Los francos vencidos, pero siempre temibles, se retiraron al recinto de sus carros. Aquella noche tan necesaria á nuestro reposo, fue para nosotros una noche de alarmas, pues temíamos ser atacados á cada instante. Los bárbaros exhalaban gritos semejantes á los ahullidos de las bestias feroces; lloraban á los valientes que habían perdido, y se preparaban á morir. Los soldados romanos se estremecían y se buscaban en las tinieblas; se llamaban, se pedían un poco de pan ó de agua y curábanse las heridas con los girones de sus vestidos. Los centinelas se respondían transmitiéndose el grito de alerta.

«Todos los caudillos cretenses habían perecido. Pareciendo á mis camaradas de un favorable augurio la sangre de Filopémen, me habían nombrado su jefe. Al atraer sobre mí los esfuerzos del enemigo, tuve la suerte de salvar de una entera destrucción la legion de Hierro; la confirmación de mi grado, una corona de encina y los elogios de Constancio fueron el premio de esta feliz casualidad. Como me hallaba al frente de las tropas ligeras, tocaba casi al campamento de los bárbaros, y esperaba con impaciencia la nueva aurora; pero esta nos descubrió un espectáculo que escedía en horror á todo cuanto hasta entonces habíamos presenciado.

«Los francos habían cortado durante la noche las cabezas de los cadáveres romanos, y las habían clavado en altas altacas delante de su campamento, con el rostro vuelto hacia nosotros. Una enorme pira, compuesta de sillas de caballos y de escudos rotos, descollaba en medio del campamento. El anciano Faramundo, fulminando terribles miradas, estaba sentado en la estremidad de la pira. En la base mostrábase en pie Clodio y Meroveo, ostentado en la mano el asta encendida de dos picas rotas, prontos á dar fuego al trono fúnebre de su padre, si los romanos conseguían forzar el atrincheramiento de los carros.

«Enmudecimos de asombro y de dolor; los vencedores parecíamos vencidos por tanta barbarie y magnanimidad! Las lágrimas corren de nuestros ojos á la vista de las ensangrentadas cabezas de nuestros compañeros de armas; cada cual recuerda que aquellos labios, mudos entonces y lívidos, pronunciaban aun la víspera las dulces palabras de la amistad. En breve, á este amargo pensamiento sucede la nunca saciada sed de venganza: nadie espera la señal del asalto; nada puede resistir el ciego furor del soldado; los carros saltan en astillas, y rota la trincheira, la ciega muchedumbre penetra en el forzado campamento. Entonces se presenta un nuevo enemigo: las mujeres de los bárbaros, vestidas de túnicas negras, se arrojan á nuestro encuentro, se atraviesan en nuestras armas, ó se esfuerzan por arrancarlas á nuestras manos; estas detienen por la barba al sicambro que huye, y le vuelven al combate; aquellas, á manera de frenéticas bacantes, despedazan á sus esposos y á



EUDORO EN EL ANFITEATRO DE TITO.

sus padres; muchas ahogan á sus hijos y los arrojan á los piés de hombres y caballos; otras muchas, pasándose al cuello un lazo fatal, se suspenden de las astas de los bueyes, y se ahorcan haciéndose arrastrar miserablemente. Una de ellas exclama, en medio de sus compañeras: «¡Romanos! ¡no todos vuestros presentes han sido funestos! ¡Si nos habeis traído el hierro que encadena, nos habeis dado el hierro que libra!» Y se atraviesa con un puñal.

«Esternados hubieran sido los pueblos de Farumundo, si el cielo que les reserva acaso brillantes destinos, no hubiese salvado el resto de sus guerreros. Levántase un viento impetuoso entre el Norte y el Poniente, las olas se adelantan hácia las playas, y se ve llegar espumante y cenagosa una de esas mareas equinociales que en aquellos climas parece ar-

rojan el Océano entero fuera de su lecho. El mar, como un poderoso aliado de los bárbaros, penetra en el campamento de los francos; para arrojar de él á los romanos, que retroceden ante el imponente ejército de las olas; los francos recobran el perdido esfuerzo, pues creen que el mónstruo marino, padre de su jóven príncipe, ha salido de sus azules grutas para socorrerles. Aprovechándose de nuestro desórden, nos rechazan, nos hostigan y secundan con vigor los esfuerzos del mar. Una escena extraordinaria fija la atención por todas partes: aquí los bueyes espartados; nadando con los carros que arrastran y no dejando ver sobre las olas sino sus encorvadas astas, semejan á una multitud de ríos llevando su tributo al Océano; allí, los salios arrojan al agua sus barcas de cuero y nos descargan rudos golpes con los remos

y palos de virar. Meroveo se habia fabricado una navicilla de un ancho escudo de mimbres, y conducido por esta concha guerrera, nos perseguia escoltado de sus Pares, que brincaban en su derredor como los tritones. Llenas de una alegría insensata, las mujeres batian palmas y bendecian las ondas libertadoras. Por todas partes, las crecientes oleadas se estrellan y saltan contra las armas; por todas, desaparece el ginete que se anega, el infante que solo tiene su espada sobre las aguas, y los cadáveres que parecen reanimarse, ruedan entre las algas, la arena y el cieno.

Separado del resto de las legiones, y reunido á algunos soldados, combati mucho tiempo con multitud de bárbaros; pero al fin, abrumado por el número, caí acribillado de heridas, en medio de mis camaradas, que yacian muertos á mi lado.

«Muchas horas permanecí exánime. Al abrir de nuevo los ojos á la luz, solo ví un arenal húmedo, abandonado por las olas, cadáveres medio sepultados en la arena, y el mar retirado ya á una inmensa lejanía, y diseñando apenas una línea azul en el distante horizonte. Intenté levantarme, pero no pudiendo con-



MEROVEO EN SU CARRO BELICO.

seguirlo, me vi precisado á permanecer tendido de espaldas, fijos en el cielo mis oscurecidos ojos. Mientras mi alma luchaba entre la muerte y la vida, oí una voz que pronunciaba en latin estas palabras: «¡Si alguno respira todavia aqui, que hable!» Volví con esfuerzo la cabeza, y descubrí á un franco, á quien reconocí por un esclavo en su sayo de corteza de abedul;

él advirtió mi movimiento, dirigióse presuroso á mí, y reconociendo mi patria por mi vestido me dijo: «¡Jóven griego, reanímame! Y arrodillándose á mi lado, se inclinó sobre mí y reconoció mis heridas.» No las juzgo mortales; dijo, despues de un momento de silencio. Esto dicho, sacó de una alforja de piel de cabrito un bálsamo, varios simples y un vaso lleno